



Edmundo Paz Soldán. *Palacio Quemado*, Alfaguara. Ed., 2007, ISBN: 978-99905-924-0-5, 299 Páginas

Oscar, narrador y protagonista de la novela, regresa a La Paz, el epicentro de una Bolivia convulsionada, y al corazón artificial de un “nosotros”, fundamento de una identidad nacional y de una república, resquebrajado. La historia de su retorno a la capital, narrada en retrospectiva, transcurre en un momento bisagra en la historia de Bolivia. Cuando en el 2003 las fisuras constitutivas del país emergieron como una herida imposible de cerrar. Un año en el cual las tensiones políticas y raciales decantaron en un serio cuestionamiento al *status quo* de una sociedad que había excluido a la mayoría de su población de origen indígena.

La historia de la novela se despliega en torno a las circunstancias que depositaron al protagonista nuevamente en el Palacio de Gobierno, el Palacio Quemado, y a su participación en un gobierno que se dirigía inexorablemente hacia la disolución. Oscar es un personaje y narrador ambivalente, reticente a asumir un compromiso político y a hacerse cargo de la posición adoptada de cara a los eventos que se desencadenan. Su mirada alterna con la de los distintos personajes de la novela. No cede el rol de narrador pero abre la posibilidad, a través de sus diálogos, de percibir cómo otros personajes observan la historia que se desenvuelve. Esta dinámica en la narración le permite a Paz Soldán transmitir una pluralidad de perspectivas. Un recurso a través del cual surgen matices y contrapuntos en la historia, configurados por el narrador y el resto de los personajes, quienes ocupan posiciones distintas en la jerarquía de poder, y provienen de orígenes sociales y étnicos diferentes.

El reencuentro con La Paz, ciudad que Oscar no visitaba desde los años en la universidad a finales de los ochenta, lo transporta al recuerdo de su infancia. Cuando tenía cinco años su familia dejó Cochabamba y se instaló en la capital, a pocas cuadras del Palacio, porque su padre había aceptado en 1972 el cargo de ministro de Informaciones del gobierno. En su memoria las tensiones raciales y las dificultades de La Paz no aparecen. Luego se enteraría de las torturas, los asesinatos y el exilio de los opositores durante la dictadura para la cual había trabajado su padre. Pero en el recuerdo de su infancia sí surge el reflejo de una época traumática. En esos años, dice Oscar, el aire en la casa era irrespirable



por las constantes peleas entre sus padres. Por eso, su padre se quedaba hasta tarde trabajando en el Palacio mientras él jugaba en el despacho y los pasillos, haciendo de la casa de gobierno su verdadero hogar. Un espacio que había terminado por imprimirse a fuego en su memoria. Su hermano, con diecisiete años, se suicidó en el patio del Palacio luego de una acalorada discusión con su padre y en oscuras circunstancias. Al cabo de dos años, la estadía en La Paz terminó abruptamente. Tras el suicidio la familia decidió retornar a Cochabamba y las puertas del Palacio se cerraron para Oscar.

El fantasma del hermano del protagonista se infiltra en el relato desde el comienzo de la novela y reaparece en su vida con el retorno a la ciudad. Un regreso que flota en un mar de incertidumbre ante la imperiosa necesidad de obtener un trabajo, cargando a cuestas el fracaso de su matrimonio y tratando de apoyarse en el amor por su hijo. “Así estaba yo, tratando de hacer las paces con mi destino, cuando la puerta comenzó a abrirse y sentí que, quién sabía, la oportunidad se me presentaría”, cuenta Oscar. Las puertas del Palacio se abren nuevamente con el nuevo gobierno. Lucas, amigo del protagonista desde los años en la universidad –intelectual de café sin el temple y la disciplina, dice Oscar, para que sus ideas brillantes se convirtieran en libros–, había sido designado como secretario de prensa y le propone al protagonista trabajar en la oficina de prensa del nuevo gobierno; tendrían su oficina en el Palacio Quemado. Su trabajo sería el de hacerse cargo de los discursos del presidente, Oscar los escribiría y Lucas los revisaría.

En sus años universitarios, cuando cursaba la carrera de historia, había comenzado a desarrollar el oficio que le reabriría las puertas del Palacio: escribirles los discursos a los distintos dirigentes políticos universitarios. “Mi pluma se alquilaba al mejor postor”, dice Oscar, esquivando la participación directa en política y ocupando un lugar tras bambalinas con la ilusión de tramar la estrategia desde la sombra. Una esfera que según dice le permitía el análisis y la crítica, si bien percibía la ironía de ponerse a disposición de gente que consideraba inferior. Pero con la posibilidad de volver al Palacio, Oscar se entusiasma al pensar que sus palabras, a través de los discursos del presidente, pasarían a la práctica. Desde una esfera invisible, un pequeño cuarto en la casa de gobierno, se sentía capaz de unir las palabras a la acción.



Sin embargo, el regreso al Palacio fue como integrante de un gobierno débil. El presidente electo había pasado su infancia en los Estados Unidos y nunca se le había podido quitar el “acento gringo” cuando hablaba castellano, relata Oscar. Un neoliberal y un tecnócrata, que intentaba gobernar guiado por las encuestas de opinión, realizadas por una consultora norteamericana. Mientras se debatía entre darle mayor margen de maniobra al sector más duro del gobierno, representado por un nefasto ministro de la presidencia, o buscar una salida a través del diálogo, personificada en el personaje del vicepresidente. Luego de varios episodios de violenta represión estatal, la instancia de diálogo con los líderes de las fuerzas sociales que se habían desencadenado se volvió imposible. Como fondo de este caótico escenario: la paranoia presidencial de que el gobierno se encontraba amenazado por una conspiración narcoterrorista, respaldada por Cuba y Venezuela.

La ilusión inicial de Oscar, de ser capaz de tender puentes entre las palabras y la acción desde su rol de ventríloquo, comienza a convertirse en desazón al darse cuenta que no logra impactar una realidad en fuga permanente. El gran manejo retórico que exhibe en los discursos es opacado por la falta de personalidad del presidente al pronunciarlos. Las palabras son inermes frente a la realidad, incapaces de aplacar los caldeados ánimos de la población y de incidir en el escenario político del país. Estos continuos intentos fallidos dibujan una interesante cartografía de esa “realidad”. Las palabras que lanza Oscar, desde la boca del presidente, funcionan como un sonar que al rebotar contra el cuerpo social refleja la distancia que lo separaba de la corporación política. Las palabras vacuas de los discursos construyen un interesante relato acerca de la sociedad hacia la que estaban dirigidas y de la posición desde la cual eran pronunciadas. La fractura surge nítidamente, entre la mayoría de la población y el gobierno, al percibir las palabras del protagonista cayendo en el vacío.

El regreso al Palacio, en este convulsionado contexto, también empuja a Oscar al intento de comprender las circunstancias que llevaron a su hermano Felipe al suicidio. A medida que avanza en la reconstrucción la muerte de su hermano proyecta una sombra sobre la novela y deviene en un susurro que azuza otros fantasmas. Un eco de la lucha armada de la izquierda latinoamericana en los setenta que plantea un fuerte interrogante. En un momento histórico en el cual la irrupción de nuevos actores en la escena política amenazaba con la subversión radical de la pirámide social.



La reaparición espectral de Felipe se convierte en símbolo del laberinto, construido por el miedo, en el pecho de los personajes que detentaban el poder político y de la clase media representada en la novela. Un “miedo cervical al sitio indígena, acompañado por el temor a la guerra de razas”, dice Oscar, cuando describe el imaginario capitalino reactualizado ante los bloqueos de rutas que aislaban a La Paz. Este era el miedo que incubaban aquellos que miraban con desconfianza y desprecio la irrupción de nuevos actores políticos, en un escenario cargado de violencia. Una irrupción que surgía como una reaparición, otra vuelta de tuerca de un devenir trágico, un coletazo de una carga de fatalidad que a través del relato parece arrastrar Bolivia.

Uno de los mayores aciertos de Paz Soldán es el de asumir la responsabilidad por la irrupción del tiempo histórico en la novela. El reemplazo de los nombres de los protagonistas de los acontecimientos históricos, que llevaron al por entonces presidente Sánchez de Losada a la renuncia y a la irrupción de Evo Morales, en el centro de la escena política, es una mera formalidad. Paz Soldán ilumina de manera inteligente la estructura tambaleante de la sociedad, la de la antigua corporación política y la emergencia de nuevas estructuras como la del MAS (Movimiento al Socialismo), revitalizada con la figura del líder indigenista. La lucidez de la novela se encuentra en no proponerse como un espejo de la realidad, sino en trazar una mirada oblicua sobre los hechos ocurridos en el 2003. La decisión de entretrejer la historia personal de un narrador ambivalente, acorralado por el devenir de los acontecimientos que lo llevan a enfrentar su pasado y sus indecisiones, con la historia del país, construye un relato capaz de plasmar la compleja situación que atravesaba Bolivia, bajo una profunda redefinición de sus fuerzas sociales y políticas.

Federico Fridman, Cornell University

Contacto: ff45@cornell.edu